

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILIA DEL SR. ARZOBISPO. 14/02/2018  
Homilía del Miércoles de Ceniza

## CENIZA 2018.

Cuaresma viene del latín “quadragésima dies”, el día cuadragésimo antes de Pascua. Es el tiempo de preparación “por el que se asciende al monte santo de la Pascua”, como lo describe el Ceremonial de los Obispos, 249. Empieza el Miércoles de Ceniza y concluye el Jueves Santo por la tarde, antes de la Misa Vespertina de la Cena del Señor, con la que se inaugura el Triduo Pascual.

La Cuaresma se organizó a partir del siglo IV. Parece ser que el germen original fue el ayuno pascual de dos días, el Viernes y el Sábado antes del Domingo de Resurrección, espacio que poco a poco se alargó a una semana, luego a tres, y según diversas regiones, sobre todo en las de Oriente, como Egipto, hasta las seis semanas o cuarenta días.

A la hora de dar sentido a este periodo como preparación a la Pascua y no tiempo sombrío como gusta presentar la Cuaresma la cultura al uso, influyó ciertamente el simbolismo bíblico del número 40 (diluvio, Moisés y los 40 días en el monte, 40 años en el desierto de Israel, los 40 días de Elías camino del Horeb, y sobre todo los 40 días de Jesús en el desierto antes de empezar su misión mesiánica) Todos estos episodios tienen de común que este espacio de tiempo sirve de prueba, purificación y preparación de un acontecimiento importante y salvador. Como dice el CEC, 540: “La Iglesia se une todos los años, durante los cuarenta días de Cuaresma, al misterio de Jesús en el desierto”.

La Cuaresma comenzaba originariamente en domingo. Pero más tarde – siglo VI-VII- se acentuó como característica determinante el ayuno, y como los domingos no se ayunaba, se adelantó su inicio al miércoles al primer domingo, al que luego se llamó de ceniza, para que a la Pascua le precedieran cuarenta días de ayuno efectivo. En la liturgia hispano-mozárabe la Cuaresma empieza en el primer domingo con una festiva despedida del Aleluya.

En este contexto de Cuaresma tenía lugar la última etapa del catecumenado: los que se preparaban para bautizarse en la noche pascual tenían, en estas semanas anteriores, reuniones de oración, escrutinio y exorcismos, con las entregas del Padrenuestro y del Símbolo de la fe. Tenían lugar y tendrán lugar también este año en la Iglesia de Toledo: hermanos catecúmenos, adultos y niños en edad escolar, pedirán la inscripción de sus nombres en una celebración que el próximo domingo, I de Cuaresma, tendrá lugar en este mismo templo catedralicio. Orad por ellos y quiera Dios que nos ayuden a recuperar con más fuerza la gracia de la Iniciación cristiana.

El Concilio Vat. II encargó expresamente que se acentuaran de la Cuaresma su carácter bautismal y penitencial, “puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el Misterio Pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del Bautismo y mediante la Penitencia” (SC 109). Ahora, pues, “la liturgia cuaresmal prepara para la celebración del Misterio Pascual tanto a los catecúmenos, haciéndolos pasar por los diversos grados de la iniciación cristiana,

como a los fieles que recuerda el Bautismo y hacen penitencia” (Normas Universales del Año Litúrgico y el Calendario,27).

Hoy, Miércoles de Ceniza, el profeta Joel, en la primera lectura, nos invita fundamentalmente a hacer lo mismo que dice el libro del Levítico en el momento de proclamar el Jubileo: que suene la trompeta por todo el país: declarad santo el año quincuagésimo y proclamad la libertad a todos los habitantes del país. Una vez más nos sale al encuentro, pues, la Pascua del Señor, y la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda nuestra vida. La Iglesia nos ayuda a vivir con gozo y con verdad este tiempo de gracia. También el Papa Francisco, que este año nos hace caer en la cuenta en su Mensaje para la Cuaresma de 2018 las palabras de Jesús en Mt 24,11-12: “Aparecerán muchos falsos profetas y engañarán a mucha gente, y, al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría”.

Sí, hermanos, “cuantos hijos de Dios se dejan fascinar por las lisonjas de un placer momentáneo, al que se le confunde con la felicidad. Cuantos hombres y mujeres viven como encantados por la ilusión del dinero, que los hace en realidad esclavos del lucro o de intereses de la soledad” (Mensaje). Y no faltan los charlatanes o los falsos profetas que engañan a mucha gente hasta amenazar con apagar la caridad en los corazones, que es el centro de todo el Evangelio. Son los que ofrecen soluciones sencillas e inmediatas para los sufrimientos; remedios, sin embargo, que resultan totalmente inútiles: “cuántos son los jóvenes a los que se les ofrece el falso remedio de la droga <por ejemplo>, de unas relaciones de *usar y tirar*, de ganancias fáciles, pero deshonestas. Cuántos se dejan cautivar por una vida completamente virtual, en que las relaciones parecen más sencillas y rápidas pero que después resultan dramáticamente sin sentido” (Mensaje).

No es una sorpresa: desde siempre el demonio, que es “mentiroso y padre de la mentira”, presenta el mal como bien y lo falso como verdadero, para confundir el corazón del hombre. Cada uno de nosotros, por tanto, está llamado a discernir y a examinar en su corazón si se siente amenazado por las mentiras de estos falsos profetas.

Pregunta el Papa cuáles son las señales que nos indican que el amor corre el riesgo de apagarse en nosotros. Lo que apaga la caridad es ante todo la avidez por el dinero, “raíz de todos los males” (1 Tim 6,10); su morada es el hielo del amor de Dios extinguido, que ha de llevarnos a preguntar cómo se enfría en nosotros en concreto la caridad.

También la creación es un testigo silencioso de este enfriamiento de la caridad: la tierra está envenenada a causa de los desechos arrojados por negligencia o por interés; los mares, también contaminados, tienen que recubrir por desgracia los restos de tantos naufragos de las migraciones forzadas. El amor se enfría también en nuestras comunidades. El Papa describe más en detalles las señales más evidentes de esta falta de amor en *Evangelii Gaudium* nn. 76-109. Merece que lean este texto durante la Cuaresma.

La Iglesia, madre y maestra, además de la medicina a veces amarga de la verdad, nos ofrece en este tiempo de Cuaresma el dulce remedio de la oración, la limosna y el ayuno. La oración hace que nuestro corazón descubra las mentiras secretas con las cuales nos engañamos a nosotros mismos (Cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 33); pero también para buscar el consuelo de Dios. Él es nuestro Padre, no enemigo a la puerta, y desea para nosotros la vida. El ejercicio de la limosna nos libera de la avidez y nos ayuda a descubrir que el otro es mi hermano. Quiera Dios

que la limosna se convierta en nosotros en un auténtico estilo de vida. Lean el capítulo 8 de la segunda Carta a los Corintios, cuando san Pablo exhorta a participar en la colecta para la comunidad de Jerusalén, la Iglesia Madres, diciendo a aquellos cristianos “Os conviene” (2 Cor 8,10). Esto vale especialmente en Cuaresma.

Y el ayuno debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer. Porque, por una parte, nos permite experimentar lo que sienten aquellos que carecen de lo indispensable y conocen el aguijón del hambre; por otra, expresa la condición de nuestro espíritu, hambriento de bondad y sediento de la vida de Dios. El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre.

Una ocasión propicia será la iniciativa del Papa “24 horas para el Señor”, que este año nos invita nuevamente a celebrar el Sacramento de la Reconciliación en un contexto de adoración eucarística. En 2018 tendrá lugar el viernes y el sábado 10 de marzo, inspirándose en las palabras del Salmo 130,4: “De ti procede el perdón”. En nuestra Diócesis, al menos una iglesia permanecerá abierta durante 24 horas seguidas, para permitir la oración y la confesión sacramental. Quiera Dios que sean muchas parroquias y otros templos los que estén abiertos esas 24 horas o muchas de ellas, para confesar, y orar en adoración al Santísimo, el Señor Sacramentado.

+Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo  
Primado de España.